

Los dones del Espíritu Santo (7). **Espíritu de Sabiduría**(4)

La sabiduría del cristiano

San Pablo pide para los cristianos de Éfeso el *Espíritu de sabiduría y revelación para conocerle perfectamente* a Él, al Padre de la gloria que se nos da en Cristo mediante el sello del Espíritu Santo.

Esto nos permite ver todas las cosas en Jesús con una especie de instinto divino, como por connaturalidad. En la tradición patristica espiritual este conocimiento por connaturalidad se compara al sentido del gusto. Sentimos que un alimento es dulce o salado pero no por un razonamiento sino por sintonía con la sal o el azúcar. Lo mismo sucede con la sabiduría: siento que un hecho o acción es conforme al plan de Dios, porque estoy en Jesús, porque amo al Padre que es el autor de ese plan.

Esta participación en la sabiduría de Cristo la podemos contemplar especialmente en María cuando en su “Magnificat” relee la historia de Israel y la suya propia desde los ojos de Dios:

“Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen. Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada. Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia - como había anunciado a nuestros padres - en favor de Abraham y de su linaje por los siglos”.(Lc 1,46-55).

María proclama por anticipado el Evangelio de la inversión de valores gracias al don de la Sabiduría.

La sabiduría de la cruz

Hay un dato importante de la sabiduría cristiana que no tiene nada que ver con las otras porque es justamente revelado, el valor de la cruz que señala maravillosamente Pablo en la carta a los Corintios:

“Porque no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio. Y no con palabras sabias, para no desvirtuar la cruz de Cristo. Pues la predicación de la cruz es una necedad para los que se pierden; mas para los que se salvan - para nosotros - es fuerza de Dios. Porque dice la Escritura: Destruiré la sabiduría de los sabios, e inutilizaré la inteligencia de los inteligentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el docto? ¿Dónde el sofista de este mundo? ¿Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo? De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necedad de la predicación. Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres. ¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne ni muchos poderosos ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es. Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios”. (1Cor 1,17-29)

Y después de afirmar que no existe otro saber sino Jesucristo crucificado **explica lo que es la sabiduría cristiana:**

“Sin embargo, hablamos de sabiduría entre los perfectos, pero no de sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo, abocados a la ruina; sino que hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los príncipes de este mundo - pues de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor de la Gloria -. Más bien, como dice la Escritura, anunciamos: = lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman. Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿qué hombre conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del

mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales. (1Cor 2,6-13)

Y nos muestra cómo esta sabiduría ha sido revelada por medio del Espíritu que permite al cristiano juzgarlo todo a la luz de Dios:

“El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. En cambio, el hombre de espíritu lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle. Porque ¿quién conoció la mente del Señor para instruirle? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo. (1Cor 1,14-16).

Este don es un regalo que el Padre hace especialmente a los pequeños que se abren al regalo de su Espíritu superando la autosuficiencia espiritual:

“En aquel tiempo, tomando Jesús la palabra, dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”. (Mt 11,25-27).

Los vicios contrarios a la sabiduría

¿Qué es esa falta de sabiduría, de sabor y amor por las cosas de Dios? ¿Qué es esa estupidez que bloquea las emociones, los sentimientos, las intuiciones, hasta el punto de impedir el conocimiento de las cosas de Dios?

Esta necedad es una actitud bastante difusa. Podemos recordar algunos casos típicos en el Nuevo Testamento:

1- En Lc 12,16-21, se cuenta la parábola del rico que, después de una cosecha abundante se había dedicado a acumular pero el Señor le dijo: *“¡Necio!; esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?”*.

Necio significa insensato, falta de sabiduría. Es una primera necedad que podemos llamar mundana o secular. Poner en primer lugar los bienes económicos, el éxito, prestigio, en lugar de Dios.

2- La segunda es la religiosa, la que reprocha Jesús a los discípulos de Emaús: *“¡Insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas!”* (Lc 24,25). No han reconocido el misterio de Dios en la cruz. Insensatez religiosa es la que no acepta la ley de la cruz.

3- Jesús les está hablando a los verdaderos discípulos: es necio el *“que edificó su casa sobre arena”* (Mt 7,26). Es escuchar el Evangelio pero sin ponerlo en práctica. Oímos las palabras del Señor pero sin hacerlas nuestras.

4- Existe además una necedad comunitaria, la de las comunidades construidas sobre arena. Son las comunidades que no ponen en práctica el discurso eclesial que encontramos en Mateo 18 y nos indica los criterios fundamentales para construir una verdadera comunidad cristiana.

Vicios que embotan especialmente el juicio para apreciar las cosas de Dios son la fatuidad, el espíritu mundano vano y presuntuoso, la lujuria que es el que más embrutece y animaliza al hombre por la fuerza de su pasión y la ira que ofusca la mente impidiendo juzgar con rectitud.

Cómo fomentar el don de sabiduría

1- Esforzándonos en ver todas las cosas desde el punto de vista de Dios.

Es verdaderamente dramático ver cuantas almas, incluso consagradas, lo ven y enjuician todo con criterios meramente humanos cuando no mundanos. Su miopía espiritual es tan grande que no pueden remontar sus miradas por encima de las causas puramente humanas para ver los designios de Dios en todo cuanto ocurre.

Ese espíritu mundano tiene completamente asfixiados los dones del Espíritu. Hasta que no se esfuercen un poco en levantar sus miradas al cielo, prescindiendo de las causas segundas, y no puedan ver la mano de Dios en todos los acontecimientos prósperos o adversos que les suceden, seguirán siempre arrastrando por el suelo su pobre y penosa vida espiritual. Para aprender a volar primero hay que batir muchas veces las alas hacia lo alto cueste lo que cueste.

2- Combatir la sabiduría del mundo que es necedad y estupidez ante Dios.

La frase es de San Pablo (1Cor 3,19). Como el mundo está lleno de esta clase de necedad nos dice la Escritura que es “infinito el número de los necios” (Eccl 1,15).

Explica el P. Lallemand: En efecto, la mayor parte de los hombres tienen el gusto depravado, y se les puede con justa razón llamar locos, puesto que hacen todas sus acciones poniendo su último fin, al menos prácticamente, en la criatura y no en Dios. Cada uno tiene algún objeto al que se apega y refiere todas las demás cosas, no teniendo casi afección o pasión sino en dependencia de ese objeto; y esto es ser verdaderamente loco.

¿Queremos conocer si somos del número de los sabios o de los necios? Examinemos nuestros gustos y disgustos, ya sea ante Dios y las cosas divinas, ya ante las criaturas y las cosas terrenas. ¿De dónde nacen nuestras satisfacciones y sinsabores? ¿en qué cosas encuentra nuestro corazón su reposo y contento?

Esta suerte de examen es un medio excelente para adquirir la pureza de corazón. Deberíamos familiarizarnos con él, examinando con frecuencia durante el día nuestros gustos y disgustos y tratando poco a poco de referirnos a Dios.

Hay tres clases de sabiduría reprobadas por la Escritura (St 3,15) que son otra tantas verdaderas locuras. La **terrena**, que no gusta más que de las riquezas; la **animal**, que no apetece más que los placeres del cuerpo y la **diabólica**, que pone su fin en su propia excelencia.

Y hay una locura que es verdadera sabiduría ante Dios. Amar la pobreza, el desprecio, las cruces, las persecuciones, es ser loco según el mundo. Y sin embargo, la sabiduría, que es un don del Espíritu Santo, no es otra cosa que esta locura, que no gusta sino de lo que Nuestro Señor y los santos han gustado. Pero Jesucristo ha dejado en todo cuanto tocó en su vida mortal –como en la pobreza, en la abyección, en la cruz- un olor suave, un sabor delicioso; mas son pocas las almas que tienen los sentidos suficientemente finos para percibir este olor y para gustar este sabor, que son del todo sobrenaturales. Los santos han corrido tras el olor de estos perfumes (Cant 1,3); como un San Ignacio, que se regocijaba de verse menospreciado; un San Francisco, que amaba tan apasionadamente la abyección, que hacía cosas para quedar en ridículo; un Santo Domingo, que se encontraba más a gusto en Carcasona, donde era ordinariamente ofendido, que en Tolosa, donde todo el mundo lo honraba.

3- No aficionarse demasiado a las cosas de este mundo aunque sean buenas y honestas.

Si nos entregamos a las cosas del mundo con demasiado ardor y afán, no dejarán de perjudicarnos seriamente. Si nuestro paladar se acostumbra al gusto de las criaturas, experimentará cierta torpeza para gustar las cosas de Dios, tan diferentes en todo. El apetito desordenado por la ciencia, incluso la teológica tienen paralizadas multitud de almas que han perdido al gusto por la vida interior, abandonan o acortan la oración, se dejan absorber por el trabajo intelectual, y descuidan la única cosa necesaria.

Dice el P. Lallemand: “¿Qué diferentes son los juicios de Dios de los de los hombres! La sabiduría divina es una locura a juicio de los hombres y la sabiduría humana es una locura a juicio de Dios. A nosotros nos toca decidir con cuál de estos dos juicios queremos moldear el nuestro. Es preciso tomar uno u otro como regla de nuestros actos. Si gustamos de alabanzas y honores, somos locos en esta materia; y tanto tendremos de locura cuanto tengamos de gusto en ser estimados y honrados. Como, al contrario, tanto tendremos de sabiduría cuanto tengamos de amor a la humillación y a la cruz.

Es monstruoso que aun en la Vida religiosa se encuentren personas que no gustan más que de lo que puede hacerlas agradables a los ojos del mundo; que no han hecho nada de cuanto han hecho durante los veinte o treinta años de vida religiosa sino para acercarse al fin a que aspiran; apenas tienen alegría o tristeza sino relacionada con esto o al menos, son más sensibles a esto que a todas las demás cosas. Todo lo demás que mira a Dios y a la perfección les resulta insípido, no encuentran gusto alguno en ello.

Este estado es terrible y merecería ser llorado con lágrimas de sangre. Porque ¿de qué perfección son capaces esos religiosos? ¿Qué fruto pueden hacer en beneficio del prójimo? Mas ¡qué confusión experimentarán a la hora de la muerte cuando se les muestra que durante todo el curso de su vida no han buscado ni gustado más que el brillo de la vanidad como mundanos! Si están tristes estas pobres personas, díganles algunas palabras que les proporcione alguna esperanza de cierto engrandecimiento, aunque falso, y las verán al instante cambiar de aspecto; su corazón se llenará de gozo, como ante el anuncio de algún gran éxito o acontecimiento.

Por otra parte, como no tienen el gusto de la devoción, no califican sus prácticas más que de bagatelas y de entretenimientos de espíritus débiles. Y no solamente se gobiernan ellos mismos por estos principios erróneos de la sabiduría humana y diabólica, sino que comunican además sus sentimientos a los otros, enseñándoles máximas del todo contrarias a las de Nuestro Señor y del Evangelio, del cual tratan de mitigar el rigor por interpretaciones forzadas y conformes a las inclinaciones de la naturaleza corrompida, fundándose en otros pasajes de la Escritura mal entendidos, sobre los cuales edifican su ruina”. (*La doctrina espiritual*).

4- No apegarse a los consuelos espirituales, sino pasar a Dios a través de ellos.

Dado que Dios nos quiere para sí es importante que no permanezcamos apegados a los consuelos espirituales que nos regala en la oración ya que son solamente un estímulo para adelantar en nuestra vida espiritual. Para pasar a la perfecta unión con Dios, que se realiza por fe, esperanza y caridad, es preciso purificarse. Hay que estar dispuestos a servir a Dios en oscuridad lo mismo que en la luz, en la sequedad que en los consuelos, en la aridez que en los deleites espirituales.

Alejandro Ferreirós